

# CARTA APÓCRIFA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

## A MARUJA MALLO,

### DESDE EL REFORMATARIO DE OCAÑA

**María José Villarroya Durá**

*El 18 de enero de 1941, Miguel Hernández, ante la insistente negativa de Josefina Manresa de vivir en Madrid con su hijo para poder visitarlo en la prisión, escribe una carta a su esposa: “Si no te decides me darás un gran disgusto y no volveré a insistir nunca”.*

*La carta que escribió al día siguiente, tenía un destinatario muy diferente. Nunca llegó a ser enviada. Tampoco nadie la encontró. Y hasta el día de hoy sigue siendo una quimera de poetas.*

Reformatorio de Ocaña, 19 de enero de 1941

A ti sola:

Uno de tantos hombres, prisionero de una de tantas celdas. Eso he venido a ser: un jilguero enjaulado, uno de tantos.

Afuera cae la lluvia tras los turbios barrotes, como una letanía de tercos bueyes, y traza surcos de agua en los cristales. Afuera. Siempre afuera. También en los caminos de Perales, volverán a nacer para la luz y el viento, nunca para nosotros, niña mía, otros campos con espigas asombradas. Y otro rubor de encendidas amapolas.

La vida transcurre con enfermiza y lenta indiferencia pues no hay nada que hacer. Nada más que avivar el odio ante tanta injusticia y tanto llanto. Ahora fumo, ¿verdad que tú lo ignoras? Así quemo mis días en este peregrinar de una cárcel a otra: entre cigarros, cartas y tristezas.

Recibí un homenaje por mis poemas hace escasas semanas. De algunos conocidos de la cárcel. “*Más poeta, más hermano y más humano que nunca*” me llamaron. Lo agradezco, de veras, lo agradezco. Aunque ya no me nacen versos para el mundo. Es demasiada el hambre y la tristeza. Tal vez afuera, sí, donde la lluvia. Versos para tu amor y tu abandono. Versos para la luz y para el viento.

Después que me dejaste, dejé escrito que a las penas tenía los huesos hechos, sin saber todavía cuánto dolor vendría y cuánta ausencia. Tengo miedo, Maruja, mucho miedo. Me ronda ya la muerte desplegando sus alas para un vuelo inminente. Y sé que he de

morir terriblemente solo. Mientras afuera tú verás la lluvia.

Visité muchas veces la Casa de las Flores. Jamás fue tan rotunda su luminosa puerta como el día en que tus ojos inundaron de espumas mi ribera. *¿Eres Miguel Hernández, el poeta?* Y, ¿quién sino Miguel, habría de ser aquel paleta con la gorra apretada entre las manos? *¿Paleta?* Ya daba igual saberlo si entre mis manos era una garza de luz tu cuerpo blanco. Confidencias de sábanas con luna.

Si me vieras, amor, si tú me vieras. ¡Tanto tiempo ha pasado! No sé dónde andarás. Dijeron Buenos Aires, sí, dijeron. Pero, ¿quién sabe ya? ¿Cómo saberlo? Nunca pedí noticia de tus pasos. Porque te odié con enconada inquina. Pero también te amé. Como a ninguna. Tú, Maruja, descarada tormenta de rayos y centellas, insolencia amarilla desafiando a la lluvia. Afuera, siempre afuera, en la tierra y el aire, en el surco y la era. ¡Libre! Libre como esta lluvia tenue que no lava mis penas.

¡Qué triste fue que todo terminara! Un avispero, dije, un avispero, ¿qué otra cosa pudieron ser tus besos y el agujón picudo de tus senos para mis manos rudas de cabrero? No quisiste que hubiera juramentos. Sobraban a tu amor todas las leyes. *Yo nada te quité. Tú me lo diste. Nada te he de deber cuando esto acabe.* Pero cumplí con creces la promesa que olvidaste por tuya, si es que acaso llegaste tú a escucharla, y te escribí con duelo, los versos más amargos, un volcán de sonetos. Dejemos el secreto entre nosotros.

Maruja, certeza de aguacero en mi tierra baldía, acostumbrada al sol y a la sequía, ¿quién te tuviera aquí junto a mi pecho para aliviar así mi desespero?

No imaginas que yo, aquí tan lejos, tan lejos de la lluvia, y de tus Aires Buenos, en este desolado día de enero te escribo unas palabras que nunca viajarán hasta tus ojos para llenar las horas de mis días y para descargarme de la rabia que contra Josefina hoy me devora.

La atenazan el miedo y la pavora de llegar a Madrid sin más compañía que una cesta y un niño entre los brazos. No volveré a insistir. Me abandona a mi suerte sin remedio. No laten en su sangre los pulsos que me alientan. No puede ser su amor, sumiso y desalmado, más que un yugo de reses que me convierte en animal domado.

Es por eso que hoy, niña de los pinceles infinitos, desesperado y desesperanzado de mi suerte, en mi memoria evoco tu sonrisa valiente y decidida, los sueños de la libertad robada y saqueada. Cierro los ojos ante esta soledad despavorida y sueño que me adentro en tu cuerpo que fue fuego y ceniza. Y rayo que no cesa.

Ya nada importa. Nunca vendrá la lluvia. No habrá para mis huesos más afuera que la dudosa paz del cementerio.